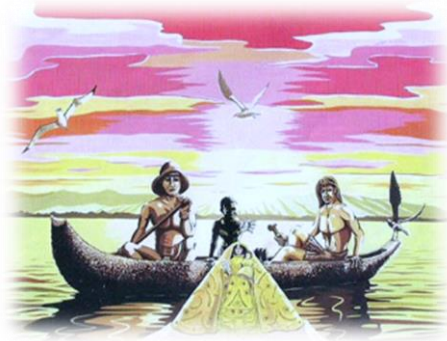


LA VIRGEN DE LA CARIDAD DEL COBRE



En cierta mañana de 1612 o 1613, dos hermanos indios, llamados Juan y Rodrigo de Hoyos, y el criollo Juan Moreno fueron enviados por el administrador del hato de Barajaguá a buscar sal en las orillas de la bahía de Nipe. Llegados a la orilla encontraron el mar muy agitado por el fuerte viento acompañado de mucha lluvia. Al cabo de tres días, cuando mejoró el tiempo, pudieron embarcarse en una débil canoa y cerca de las cinco de la mañana, descubrieron en el agua, un bulto que parecía un pájaro o ramas, y luego, sorprendidos, vieron que era una imagen de la virgen María que venía hacia ellos flotando en una pequeña tabla, en la cual se leía la siguiente inscripción: Yo soy la Virgen de la Caridad.

La altura de la imagen era como de 15 pulgadas y en su brazo izquierdo tenía a su divino Niño, sosteniendo en una mano la bola del mundo, y la otra levantada, en actitud de dar la bendición.

Tomaron los felices tripulantes la preciosa imagen, y notaron que ni la punta del vestido de la Señora se había mojado. Recogieron de prisa tres tercios de sal y regresaron. El mayoral del hato despachó un mensajero que diera cuenta de lo ocurrido al Administrador Real de Minas del Cobre, que ordenó que se le fabricara una ermita y envió una lámpara de cobre para que ardiera constantemente una luz delante de la imagen.

Una niña inocente, llamada Apolonia, yendo un día a buscar a su madre, que estaba en las minas, creyó ver la imagen bendita sobre una peña, y durante tres noches seguidas se vieron tres columnas luminosas que parecían descender desde las nubes hasta el sitio donde dijo Apolonia que había visto a nuestra Señora y allí se erigió la capilla.

La Santísima Virgen movió el ánimo del portugués Melchor Fernández Pinto a que se dedicara a la custodia de su capilla. Este tenía bajo su cuidado a un muchacho llamado Domingo que, habiendo tenido un accidente, estaba casi moribundo. Cuando se lo llevaron, con gran fe y lágrimas invocó a la Virgen de la Caridad, y con el aceite de la lámpara ungió los sentidos del niño y al momento, como quien despierta a uno que duerme, le llamo en voz alta: ¡Domingo! Y al instante el niño abrió los ojos.

En 1703 el padre Onofre de Fonseca, escribió la primera historia de la aparición, pero viendo que de toda la isla y de otras regiones venían devotos a implorar las bondades de la Virgen de la Caridad, comprendió que la ermita era muy pequeña para los fieles; así que marcó los cimientos del santuario en el mismo sitio donde lo había visto la niña Apolonia, localizado en lo alto de un cerrito a 430 pasos de la villa del Cobre.

La Virgen mestiza se convirtió en la imagen de criollos y hombres libres. La Virgen se identificaba no solo con la prosperidad y la libertad, sino con ser de la tierra cubana. En 1868 en la Demajagua, la primera bandera cubana se confeccionó con los colores de la tela que cubría el altar de la Virgen de la Caridad de la casa del padre de la patria Carlos Manuel de Céspedes.

Terminada la guerra por la independencia, existía inconformidad en la isla por los resultados, y aparecieron fuertes enfrentamientos por motivos raciales que trajeron a la ciudadanía un lamentable clima de intranquilidad y desconfianza. Los veteranos de la guerra de independencia acudieron a la Virgen de la Caridad como el recurso capaz de armonizar las relaciones entre los cubanos de todos los matices y así el 24 de septiembre de 1915 encabezados por los generales Jesús Rabí y Agustín Cebrero escribieron al Papa Benedicto XV:



“Los que suscriben, hijos de la Santa Iglesia Católica, Apostólica y Romana, a su Santidad humildemente exponen... cuando más cercana estaba la muerte o más próxima la desesperación, surgió como luz disipadora de todo peligro o como rocío consolador para nuestras almas, la visión de esa Virgen cubana por excelencia, cubana por el origen de su secular devoción y cubana porque así la amaron nuestras madres inolvidables... y usando las facultades de que se encuentra investido, declare, previo los trámites correspondientes, como Patrona de la República de Cuba a la Virgen de la Caridad del Cobre y de fiesta eclesiástica en ella, el día que lleva su santo nombre”.

El 10 de mayo de 1916, el Papa Benedicto XV aprobó la solicitud.

En el año 1929 las cosas se pusieron feas otra vez entre cubanos con la dictadura de Machado y luego en el año 1933 cuando cayó, el pueblo estaba muy desunido y la Iglesia organizó un Congreso Eucarístico donde el momento cumbre fue la coronación de la Virgen por monseñor Valentín Zubizarreta. En 1958, cuando otra vez hubieron años de mucho dolor y sangre de hermanos, explotó un polvorín cerca del Santuario del Cobre y casi todos los vitrales, puertas y ventanas se perdieron, pero la Virgen quedó intacta. Monseñor Pérez Serantes, entonces arzobispo de Santiago de Cuba exhortó: “...les sugerimos acudir al trono de nuestra Excelsa Patrona la Santísima Virgen de la Caridad del Cobre... a fin de que no se derrame más sangre en nuestro suelo...”.

El mar a veces durante las tempestades puede ser muy peligroso. Una parte muy dolorosa de nuestra historia como pueblo cubano ha sido el destierro a través del mar, pero la Virgen nos enseña como triunfar en las dificultades. Ella apareciendo sobre los mares de Oriente nos invita

a reflexionar. Ella nos ofrece el triunfo en la dificultad: abrazándonos con Jesucristo, el que supo calmar la tempestad y hacer que la barca con los apóstoles continuara serena hasta llegar a tierra firme.

El 24 de enero de 1998 Su Santidad el Papa Juan Pablo II corona personalmente a la Virgen de la Caridad del Cobre como Reina y Patrona de Cuba en la Plaza Antonio Maceo, Santiago de Cuba.

Al santuario del Cobre acuden fieles de toda la isla de Cuba y demás Antillas. Los pobres y los enfermos van en busca de alivio, y son innumerables los prodigios alcanzados a merced de la santa imagen. Militares, eclesiásticos, sabios y todo el pueblo cubano ha ido allí a rendir homenaje a la Madre de Dios.

